

cion á la línea del Ecuador; la moral del hombre era como el hombre mismo, podia vivir en todos los climas. Pues que la continencia mas absoluta se practicaba de un modo tan admirable en tan voluptuosos paises, bien podia establecerse y conservarse en ellos la monogamia del cristianismo; y cuando en los arcanos del Eterno sonase la hora de llamar un pueblo á la luz de la verdad, nada importaba que este pueblo viviese entre las escarchas de la Escandinavia, ó en las ardorosas llanuras de la India. El espíritu de las leyes de Dios, no debía encerrarse en el estrecho círculo que intentara señalarle el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu.

CAPITULO XL.

LA influencia de los solitarios de Oriente bajo el aspecto religioso y moral, es un hecho fuera de duda. Verdad es que no es fácil apreciarla á punto fijo, en toda su extension y en todos sus efectos, pero no deja por eso de ser muy real y verdadera. No obró sobre los destinos de la humanidad como aquellos acontecimientos ruidosos, cuyos resultados se hallan á menudo en mucha desproporcion con lo que habian prometido; fué semejante á aquella lluvia benéfica que se desata suavemente sobre una tierra agostada, fecundando las praderas y las campiñas. Pero si fuera posible al hombre abarcar y deslindar el vasto conjunto de causas que han contribuido á levantar su espíritu, á darle una viva conciencia de su inmortalidad, haciendo poco menos que imposible su vuelta á la degradacion antigua, quizás se encontraria, que el prodigioso fenómeno de los solitarios de Oriente, tuvo una parte considerable en este cambio inmenso. No olvidemos, que los grandes hombres de Occidente recibieron de allí sus inspiraciones, que S. Gerónimo vivió en la gruta de Belén, y que la conversion de S. Agustin, va acompañada del sentimiento de una santa emulacion excitada por la lectura de la vida de S. Antonio Abad.

Los monasterios que se anduvieron fundando en Oriente y en Occidente, á imitacion de los primitivos establecimientos de los

solitarios, fueron una continuacion de estos, por mas que la diferencia de tiempos y circunstancias los modificasen en varios sentidos. De allí salieron los Basilio, los Gregorios, los Crisóstomos y otros hombres insignes que ilustraron la Iglesia; y quizás, si el mezquino espíritu de disputas, si la ambicion y el orgullo no hubiesen sembrado el gérmen de discordia, preparando una ruptura que habia de privar á las iglesias orientales de la vivificadora influencia de la Silla Romana, los antiguos monasterios de Oriente hubieran podido servir como los de Occidente, para preparar una regeneracion social, que fundiera en un solo pueblo á los vencidos y á los vencedores.

Es evidente que la falta de unidad ha sido una de las causas de la flaqueza de los orientales. No negaré que la situacion en que se encontraron fuese muy diferente de la nuestra; el enemigo que tuvieron al frente en nada se parecia á los bárbaros del Norte; pero yo dudo que fuera mas fácil habérselas con éstos, que con los pueblos conquistadores de Oriente. Allí quedó la victoria por los que atacaban, como quedó tambien aquí; pero un pueblo vencido no es muerto, no carece todavia de grandes ventajas, que pueden darle un ascendiente moral sobre el vencedor, preparando en silencio una trasformacion, cuando no la expulsion. Los bárbaros del Norte conquistaron el Mediodía de Europa, pero el Mediodía triunfó de ellos á su vez, con la ayuda de la religion cristiana: no fueron arrojados, pero sí trasformados. La España fué conquistada por los árabes; los árabes no pudieron ser trasformados, pero al fin fueron arrojados. Si el Oriente hubiese conservado la unidad, si Constantinopla y las demas sillas episcopales hubiesen continuado sumisas á Roma como las de Occidente; en una palabra, si el Oriente todo se hubiese contentado con ser miembro del gran cuerpo en vez de la ambiciosa pretension de ser por sí solo un gran cuerpo, tengo por indudable, que aun suponiendo las conquistas de los sarracenos, se habria trabado una lucha á la vez intelectual, moral y física, que al fin hubiera acabado, ó por producir un cambio profundo en el pueblo conquistador, ó por rechazarle á sus antiguos desiertos.

Se dirá que la trasformacion de los árabes era obra de siglos; pero, ¿no lo fué acaso la de los bárbaros del Norte? ¿Estuvo quizás consumado este trabajo por su conversion al cristianismo? Una parte considerable de ellos eran arrianos; y ademas, com-

prendian tan mal las ideas cristianas, y se les hacia tan recio el practicar la moral evangélica, que durante largo tiempo fué poco menos difícil tratar con ellos, que con pueblos de una religion diferente. Por otra parte, conviene no perder de vista que la irrupcion de los bárbaros no fué una sola, sino que por espacio de largos siglos hubo una continuacion de irrupciones; pero tal era la fuerza del principio religioso que obraba en Occidente, que todos los pueblos invasores, ó se vieron forzados á retroceder, ó precisados á plegarse á las ideas y á las costumbres de los paises nuevamente ocupados. La derrota de las huestes de Atila, las victorias de Carlo Magno contra los sajones y demas pueblos de la otra parte del Rhin, las sucesivas conversiones de las naciones idólatras del Norte por los misioneros enviados de Roma, en fin, las vicisitudes y el resultado de las invasiones de los Normandos y el definitivo triunfo de los cristianos de España sobre los moros despues de una guerra de ocho siglos, son una prueba decisiva de lo que acabo de establecer; esto es, que el Occidente, vivificado y robustecido por la unidad católica, ha tenido el secreto de asimilar y apropiarse lo que no ha podido rechazar; y la fuerza bastante para rechazar todo aquello que no se ha podido asimilar.

Esto es lo que ha faltado al Oriente; la empresa no era mas difícil allí que aquí. Si el Occidente por sí solo rescató el santo sepulcro, el Occidente y Oriente unidos ó no le hubieran perdido nunca, ó despues de rescatado le habrian conservado para siempre. La misma causa produjo que los monasterios de Oriente no alcanzaran la vida y la robustez que distinguió los de Occidente; y por esto anduvieron debilitándose con el tiempo, sin hacer nada grande, que sirviese á prevenir la disolucion social, que preparase en silencio y elaborase lentamente una regeneracion de que pudiera aprovechar la posteridad, ya que la Providencia habia querido que las generaciones presentes viviesen abrumadas de calamidades y catástrofes. Cuando se ha visto en la historia el brillante principio de los monasterios de Oriente, estréchase el corazon al notar cómo van perdiendo de su fuerza y lustre con el trascurso de los siglos; al observar cómo despues de los estragos sufridos por aquel desgraciado pais á causa de las invasiones, de las guerras, y finalmente, por la accion mortífera del cisma de Constantinopla, las antiguas moradas de tantos varones

eminentes en sabiduría y santidad van desapareciendo de las páginas de la historia, cual antorchas que se extinguen, cual fuegos dispersos y amortiguados, que se descubren acá y acullá en un campamento abandonado.

Inmenso fué el daño que recibieron todos los ramos de los conocimientos humanos, de esa debilidad que comenzó por esterilizar el Oriente, y terminó por hacerle morir. Si bien se observa, en vista de los grandes sacudimientos y trastornos que estaban sufriendo la Europa, el Africa y el Asia, el depósito natural de los restos del antiguo saber, no era el Occidente sino el Oriente. No eran nuestros monasterios, donde debian archivarse los libros y demas preciosidades que generaciones mas felices y tranquilas habian de explotar un dia; sino los establecidos en aquellos mismos lugares, que siendo las fronteras donde se habian tocado y mezclado civilizaciones muy diferentes, y en que el espíritu humano habia desplegado mas actividad y levantado mas alto su vuelo, reunian un preciosísimo caudal de tradiciones, de ciencias, de bellezas artísticas; que eran, en un palabra, el grande emporio donde se hallaban amontonadas las riquezas de la civilizacion y cultura de todos los pueblos del mundo conocido.

No se crea, sin embargo, que yo pretenda significar que los monasterios de Oriente de nada sirvieron para prestar este beneficio al entendimiento humano: la ciencia y las bellas letras de Europa, recuerdan todavía con placer el impulso recibido con la venida de los preciosos materiales arrojados á las costas de Italia por la toma de Constantinopla. Pero las mismas riquezas llevadas á Europa por aquellos hombres lanzados á nuestras playas como por el soplo de una tempestad, y que habiendo apenas alcanzado á salvar sus vidas, llegaban entre nosotros como el naufrago desfallecido que al través de las ondas conserva todavía en sus ateridas manos una cantidad de oro y piedras preciosas, esto mismo hace que nos quejemos mas vivamente, porque comprendemos mejor la inmensa riqueza que debia de encerrarse en la nave que zozobró; esto mismo nos hace lamentar que los primeros tiempos de los monges ilustres de Oriente, no hayan podido eslabonarse con los nuestros. Cuando vemos sus obras atestadas de erudicion sagrada y profana, cuando sus trabajos nos ofrecen las muestras de una actividad infatigable, pensamos con dolor en el precioso depósito que debian de contener sus ricas bibliotecas.

Sin embargo, y á pesar de la triste verdad de las reflexiones que preceden, menester es confesar, que la influencia de aquellos monasterios no dejó de ser beneficiosa á la conservacion de los conocimientos. Los árabes en el tiempo de su pujanza se mostraron inteligentes y cultos, y bajo muchos aspectos, les debe la Europa considerables adelantos: Bagdad y Granada recuerdan dos hermosos centros de movimiento intelectual y de bellezas artísticas, que sirven á disminuir el desagradable efecto del conjunto histórico de los sectarios de Mahoma, como dos figuras apacibles y risueñas, que hacen mas suportable la vista de un cuadro repugnante y horroroso. Si fuera posible seguir la historia del progreso de la inteligencia entre los árabes, en medio de las transformaciones y catástrofes de Oriente, quizás se encontraría el origen de muchos de sus adelantos en los conocimientos de aquellos mismos pueblos que ellos conquistaban ó destruían. Lo cierto es, que en su civilización no se entrañan principios vitales que favorezcan el desarrollo de la inteligencia: así lo dice su misma organización religiosa, social y política; así lo enseñan los resultados recogidos por este pueblo después de tantos siglos de pacífico establecimiento en el país conquistado. Todo su sistema por lo tocante á las letras y al cultivo de la inteligencia, ha venido á formularse en aquellas estúpidas palabras de uno de sus caudillos, en el momento de condenar á las llamas una inmensa biblioteca: "Si esos libros son contrarios al Alcoran, deben quemarse por dañosos: si le son favorables, deben quemarse por inútiles."

Leemos en Paladio, que los monges de Egipto, no contentos con la elaboracion de objetos sencillos y toscos, ejercían además todo género de oficios. Los muchos millares de hombres de todas clases y de muy diferentes países que abrazaron la vida solitaria, debieron de llevar al desierto un caudal considerable de conocimientos. Sabido es á lo que puede llegar el espíritu del hombre, entregado á sí mismo en la soledad, y consagrado á una ocupacion determinada: así, es una conjetura no destituida de fundamento el pensar que muchas de las noticias raras sobre los secretos de la naturaleza, sobre la utilidad y propiedades de ciertos ingredientes, sobre los principios de algunas ciencias y artes de que se mostraron muy ricos los árabes cuando su aparición en Europa, no serían mas que restos de la ciencia antigua recogidos por ellos en aquellos países, que antes habían sido poblados por hombres venidos de todas las regiones.

Necesario es recordar, que en las primeras invasiones de los bárbaros, cuando la España, el Mediodía de la Francia, la Italia, el Norte del Africa, y las islas adyacentes á todos esos países eran devastadas de un modo horroroso, corrían á buscar un asilo en Oriente todos cuantos estaban en disposición de emprender el viage. De esta suerte se amontonaría mas y mas en aquellas regiones todo el caudal de la ciencia de Occidente; pudiendo esto haber contribuido sobremanera á depositar allí los restos del antiguo saber, que luego nos llegaron transformados y desfigurados por medio de los árabes.

El profundo desengaño de la nada del mundo, avivado por tan dilatada serie de grandes infortunios, fortificó en los desgraciados el sentimiento religioso; y los fugitivos acogidos en Oriente, escuchaban con profunda emoción la voz enérgica del solitario de la gruta de Belén. Así es, que gran parte de los refugiados se acogían á los monasterios donde encontraban á un tiempo un socorro en sus necesidades y un consuelo para sus almas; resultando de aquí, la acumulacion en los monasterios de Oriente de una mayor cantidad de noticias preciosas y conocimientos de todas clases.

Si un día llega la civilización europea á señorearse del todo de aquellas comarcas, que gimen ahora bajo la opresion musulmana, quizás pueda la historia de la ciencia añadir una hermosa página á sus trabajos, buscando entre la oscuridad de los tiempos, y por medio de los manuscritos descubiertos por la diligencia y la casualidad, el hilo que manifestaría mas y mas el enlace de la ciencia árabe con la antigua, y explicar así las transformaciones que anduvo sufriendo y que la hicieron parecer de origen diferente. Las riquezas conservadas en los archivos de España relativas al tiempo de la dominacion sarracena, archivos cuya explotacion puede decirse que no se ha comenzado todavía, pudieran quizás arrojar algunas luces sobre este punto, que sin duda ofrecería ocasion de entregarse á investigaciones esquisitas, las que conducirían á una apreciacion sumamente curiosa de dos civilizaciones tan diferentes como la mahometana y la cristiana.

CAPITULO XXI.

PASEMOS á examinar los institutos religiosos, tales como se presentaron en Occidente; omitiendo el hablar de aquellos, que aunque establecidos en puntos de este último país, no eran mas que una especie de ramificación de los monasterios orientales. Entre nosotros, á mas del espíritu evangélico que presidió á su fundacion, tomaron el carácter de asociaciones conservadoras, reparadoras y regeneradoras. Los monges no se contentan con santificarse á sí mismos, sino que influyen desde luego sobre la sociedad. La luz y la vida que se encierran en sus santas moradas, procuran abrirse paso para alumbrar y fecundar el caos en que yace el mundo.

No sé que haya en la historia un punto de vista mas hermoso y consolador, que el ofrecido á nuestros ojos por la fundacion, extension y progreso de los institutos religiosos en Eúropa. La sociedad necesitaba de grandes esfuerzos para resistir sin anonadarse las terribles crisis que debia atravesar: el secreto de la fuerza social, está en la reunion de las fuerzas individuales, en la asociacion; y es por cierto admirable que este secreto fuese conocido de la sociedad europea, como por una revelacion del cielo. Todo se desmorona en ella, todo se cae á pedazos, todo perece. La religion, la moral, el poder público, las leyes, las costumbres, las ciencias, las artes, todo ha sufrido pérdidas enormes, todo está zozobrando; y si el porvenir del mundo se calcula por probabilidades humanas, los males son tantos y tan graves, que el remedio se halla imposible.

Al hombre observador, que fija aterrado su mirada en aquellos tiempos, cuando se le ofrece S. Benito dando impulso á los institutos monásticos, prescribiéndoles su sabia regla, procurando de esta suerte constituirlos en forma estable, parécele que un án-

gel de luz surge de en medio de las tinieblas. La inspiracion sublime que guió á este hombre extraordinario, era lo mas conveniente que podia imaginarse para depositar en el seno de la sociedad disuelta, un principio de vida y reorganizacion. ¿Quién ignora cuál era á la sazón el estado de Italia, mejor diré, de la Europa entera? ¡Cuánta ignorancia, cuánta corrupcion, cuántos elementos de disolucion social, cuánta devastacion en todas partes! En situacion tan lamentable, aparece el santo solitario hijo de una ilustre familia de Nursia, resuelto á combatir el mal que amenaza señorearse del mundo. Sus armas son sus virtudes; con la elocuencia de su ejemplo ejerce sobre los demas un ascendiente irresistible; elevado á una altura superior á su siglo, ardiendo de celo, y lleno al mismo tiempo de discrecion y prudencia, funda el instituto que ha de permanecer al través de los trastornos de los tiempos, como una pirámide inmóvil en medio de los huracanes del desierto.

¡Qué idea mas grande, mas benéfica, mas llena de prevision y sabiduría! Cuando el saber y las virtudes no hallaban donde refugiarse, cuando la ignorancia, la corrupcion y la barbarie, iban extendiendo rápidamente sus conquistas, levantar un asilo al infortunio, formar como un depósito donde pudieran conservarse los preciosos monumentos de la antigüedad, y abrir escuelas de ciencia y virtud donde recibieran sus lecciones los jóvenes destinados á figurar un dia en el torbellino de los negocios de la tierra. Cuando el hombre pensador contempla la silenciosa mansion del Casino, cuando vé que se dirigen allí, de todas partes, hijos de las familias mas ilustres del imperio, unos con la idea de permanecer para siempre, otros para recibir esmerada educacion y llevarse luego en medio del mundo un recuerdo de las graves inspiraciones recibidas por el santo fundador en el desierto de Sublac, cuando observa que los monasterios de la orden van multiplicándose por do quiera, estableciéndose como grandes centros de actividad en las campiñas, en los bosques, y en los lugares mas inhabitados, no puede menos de sentir una profunda veneracion hácia el varon extraordinario que concibiera tan altos pensamientos. Si no quisiéramos mirar á S. Benito como inspirado del cielo, á lo menos deberíamos considerarle como uno de aquellos hombres, que de vez en cuando aparecen sobre la tierra, cual ángeles tutelares del humano linage.